

## II

# CUALIDADES Y REQUISITOS

Se bebe según la sed y "para encontrar la fuente sólo la sed nos alumbrá" (Luis Rosales).

El ser humano tiene sed de Dios y como busca la cierva las corrientes de agua, así él busca a Dios. Mas no siempre la persona persevera en la empresa, pues en los momentos de dificultad huye o abandona el proyecto

Es cierto que, muchas veces, deseamos orar; sin embargo, oramos mal: tratamos de manipular a Dios, somos amigos de las apariencias, los hechos no responden a las palabras, somos impacientes, no sabemos esperar a Dios. Debemos, pues, aprender a orar bien, a fundamentar nuestra vida en la verdad de Cristo, a no deformar el rostro de Dios y a ser coherentes con la vida.

Por medio de la oración entramos en comunión con Dios. Esta experiencia de Dios es oscura y árida, ya que solamente puede ser fruto de la fe, esperanza y amor. Se ora, no por gusto o capricho, o porque se tenga necesidad o no, sino sobre todo, porque se tiene fe.

Aunque la oración necesita de métodos personales y epocales, sin el Espíritu no hay crecimiento y perfección.. Él es el protagonista, y por la oración no sólo seguimos a Cristo, sino que a través de ella nos incorporamos a la misma oración de Cristo al Padre "siempre vivo intercediendo por nosotros" (Heb 7, 25).

La oración tiene sus reglas y condiciones, las mismas que el Maestro nos dejó: confianza, perseverancia, unidos a los hermanos en el amor y en el perdón. Dios es el Padre de todos, que hace llegar el pan cotidiano, que desea que cumplamos su voluntad de amor... Para comunicarnos con él, necesitamos hacerlo con sinceridad, con fidelidad, sabiendo que él se retrasa, pero llega. En todo tiempo y lugar hay que orar con fe, con perseverancia y con amor.

## Solo la sed nos alumbrá

El cura del pueblo les había predicado sobre la otra vida. Al terminar, dijo a la feligresía:

- "Todos los que quieran ir al cielo, que den un paso hacia delante".
- Una persona se quedó en su sitio, y el cura le preguntó:
- "¿No quieres ir al cielo cuando te mueras?".
- "Cuando me muera sí, pero no ahora" - obtuvo como respuesta.

"Cuando planté rosales coseché siempre rosas" (Amado Nervo).

No se ora lo suficiente, dicen algunos, porque no hay sed, porque no se desea, en definitiva. Pablo VI lo confirma hablando de la falta actual de oración: "¿Por qué hoy la vida interior, es decir, la vida de oración, es menos intensa y menos fácil en los hombres de nuestros tiempos, en nosotros mismos? Pregunta que exigiría una respuesta extremadamente compleja y difícil, pero que podemos ahora sintetizar así: nos hemos educado en la vida exterior que ha alcanzado un desarrollo y fascinación maravillosas, pero no tanto en la vida interior, de la que conocemos poco sus leyes y satisfacciones...

¿Dónde está Dios? ¿Dónde está Cristo? ¿Dónde la vida religiosa de la que todavía y siempre sentimos oscura, pero insatisfecha curiosidad?

Vosotros sabéis cómo este estado de cosas constituye el drama espiritual, y podríamos decir humano y civil, de nuestro tiempo".

El doctor Alexis Carrel escribió: "El ser humano tiene necesidad de Dios, como del agua y del oxígeno". Realmente tiene más necesidad aún, al menos en un orden ontológico. San Agustín, dirigiéndose a Dios, le dice: "Quiere alabarte el hombre, pequeña parte de tu creación. Tú mismo le provocas a ello, haciendo que se deleite en alabarte, porque nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti".

Un hombre se perdió en el desierto. Estaba a punto de perecer de sed, cuando aparecieron algunas mujeres donde él. Él les pidió agua, pero ellas discutían entre sí en qué darle el agua, si en jarra de plata o de oro. Mientras discutían las mujeres, el hombre agonizaba por falta de agua.

En la vida nos ocurre con frecuencia lo mismo. Mientras hay muchas personas que mueren de hambre o de sed, hablamos de cosas que no tienen importancia.

La samaritana andaba sedienta de paz, de felicidad, de vida. Había buscado, pero no había encontrado. Había perdido sus raíces, no sabía de dónde venía ni a dónde iba. No se resignaba a seguir bebiendo del agua turbia. A esta mujer la espera Jesús y le dice: 'Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna'. Le dice la mujer: 'Señor, dame de esa agua para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla' " ( Jn 4, 13-15).

Se bebe según la sed y "para encontrar la fuente sólo la sed nos alumbró" (Luis Rosales).

El ser humano tiene sed de eternidad. Está hecho para beber en las fuentes de agua viva, en Dios. No encontrará descanso ni podrá saciar su sed hasta que no se encuentre con el Creador.

El ser humano está orientado a Dios. De él viene y a él volverá. Sin él no podrá tener una vida plena. "Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios?" "Como anhela la cierva las corrientes de agua, así te anhela a ti mi alma, ¡oh Dios!" (Sal 41, 3).

"Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, mi Dios" (Sal 42, 1). Es un auténtico suspirar por su vida, su luz, por su agua viva, con que calmar la sed. El corazón del ser humano, enamorado de Dios, busca con nostalgia el encuentro con Dios. "Busqué el amor del alma mía, lo busqué sin encontrarlo. Busqué el amor del alma mía, lo he encontrado y no lo dejaré jamás" (Ct 3, 1).

Necesitamos buscar a Dios, dejarnos encontrar por él; pero necesitamos, también, encontrarnos con nosotros mismos, con nuestra tierra, con la vida. El ser humano necesita estar enraizado en un país, en una familia, en sí mismo. El dolor es grande cuando se pierde la identidad y la vida queda rota. "El más profundo sufrimiento del ser humano es el que siente cuando pierde su país de origen, el reino sobrenatural de su ser esencial. Es la nostalgia del hombre exiliado, lejos de su verdadera patria. De su angustia nace la necesidad de una vía interior que "caminando hacia delante" le lleve de nuevo a su país"(Durckheim).

La vida es uno de los mayores dones que ha recibido la persona. Dios quiere que vivamos plenamente, que seamos felices. Normalmente la vida da una de cal y otra de arena, camina entre el gozo y el dolor, entre tristezas y alegrías. La realidad de muchas personas es dura, llena de sufrimientos, angustia, miedos, violencia, muerte... No logramos que desaparezca el dolor y el sufrimiento de la tierra. Sí se puede dar sentido a todo lo que ocurre, para que del dolor y la muerte pueda brotar la paz y la vida, para que todo lo sucedido sea para bien. "El que pierde su vida, la encuentra", nos dice Jesús (Lc 9,24). "Yo he venido para que tengáis una vida abundante..."(Jn 10, 10).

La búsqueda de Dios ha de permanecer en los momentos difíciles; cuando soplen vientos y huracanes adversos, hay que permanecer en fe y en calma, diciendo como Job: Dios me lo dio, Dios me lo quitó, ¡bendito sea el nombre del Señor! (Jb 1, 21). Aceptar, ir más allá de las cosas y encontrar siempre la paz y la serenidad. Si aceptamos con gusto un día donde brilla el sol, ¿por qué no aceptar

de igual modo los días grises? "¿Si aceptamos los bienes, ¿no vamos a aceptar los males?" (Job 2, 10b). Jesús nos invita a acudir a él. "Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt 11, 28).

Esta necesidad de Dios se revela, a veces, en la búsqueda insatisfecha y constante de la verdad, de la bondad, de la belleza, de la felicidad y la dicha. "Quien busca la verdad, busca a Dios a sabiendas o sin saberlo" (Edith Stein).

¿Y quién descubriendo esta sed de Dios no bebe? "¿Y quién no apaga la sed a orillas del manantial?" (Ricardo León).

"Podéis cubrir el tambor y podéis aflojar las cuerdas de la lira, pero ¿quién ordenará a la alondra del cielo que no cante?" (Kahlil Gibran). El ser humano no puede vivir plenamente sin Dios.

"Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; vos me lo disteis, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad, dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta" (San Ignacio de Loyola).

La oración nos dará puntos de encuentro y de vida. Si no respiramos, no vivimos. Si no oramos, no podremos encontrar la vida y su sentido.

## Abrirse al Espíritu

Un niño de color negro contemplaba extasiado al vendedor de globos en la feria. El hombre, en un determinado momento, soltó varios globos: rojo, azul, amarillo, blanco. Todos ellos remontaron el vuelo hacia el cielo hasta que desaparecieron.

El niño negro, sin embargo, no dejaba de mirar un globo negro que el vendedor no soltaba en ningún momento. Finalmente, le preguntó: "Señor, si soltara usted el globo negro, ¿subiría tan alto como los demás?"

El vendedor sonrió comprensivamente al niño, soltó el cordel con que tenía sujeto el globo negro y, mientras éste se elevaba hacia lo alto, dijo: "No es el color lo que hace subir, hijo. Es lo que hay dentro".

El Espíritu está dentro de nosotros y nos hace volar.

Nuestra oración está guiada por el Espíritu. No recibisteis un espíritu de esclavos...; antes bien, un Espíritu de hijos adoptivos que os hace gritar: ¡Abbá! ¡Padre! (Rm 8, 15). (Gal 6, 4). "...El Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inefables. Por su parte, Dios, que examina los corazones, conoce el sentir de ese Espíritu, que intercede por los creyentes según su voluntad" (Rm 8, 26-27). No sabemos orar como es debido. Si el Espíritu no ora en nosotros, nuestra oración no llega al cielo. Es el Espíritu el que nos anima a permanecer, a seguir pidiendo y esperando, a superar las dificultades.

Al dejar este mundo Jesús pidió al Padre el Espíritu Paráclito, para que estuviese con nosotros siempre. Él fue el Consolador de los apóstoles y de la Iglesia. Él sigue siendo el Animador de la evangelización, y el que vena y consuela los corazones desgarrados.

Cristo fue ungido por el Espíritu y entrega este mismo Espíritu a los apóstoles. Él "os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn 14,26). El Espíritu ayuda a comprender. Su enseñanza no es fría, sino que compromete con la vida haciendo nuevos testigos. Todos aquellos que reciben el Espíritu Santo obtienen fuerza para ser testigos por toda la tierra.

Con la llegada del Espíritu los apóstoles se sintieron llenos de fortaleza. Así comenzó la era de la Iglesia. Ahora el Espíritu de Dios con admirable providencia guía el curso de los tiempos y renueva la faz de la tierra.

"Si Jesucristo no constituye su riqueza, la Iglesia es miserable. Si el Espíritu de Jesucristo no florece en ella, la Iglesia es estéril. Su edificio amenaza ruina si no

es Jesucristo su arquitecto y si el Espíritu Santo no es el cimiento de piedras vivas con el que está construida. No tiene belleza alguna si no refleja la belleza sin par del rostro de Jesucristo y si no es el árbol cuya raíz es la Pasión de Jesucristo. La ciencia de que se ufana es falsa, y falsa también la sabiduría que la adorna, si ambas no se resumen en Jesucristo. Toda su doctrina es una mentira si no anuncia la verdad que es Jesucristo. Toda su gloria es vana si no la funda en la humildad de Jesucristo. Su mismo nombre resulta extraño si no evoca en nosotros el único Nombre. La Iglesia no significa nada para nosotros si no es el sacramento de Jesucristo" (H. De Lubac).

"Sin el Espíritu Santo Dios permanece lejos. Cristo queda en el pasado. El Evangelio es letra muerta. La Iglesia, en una simple organización. La autoridad, en una dominación. La misión en propaganda. El culto, en una evocación. Y el actuar cristiano, en una moral de esclavos. Pero en Él... Jesucristo, el Señor Resucitado se hace presente, el Evangelio es potencia de vida, la Iglesia significa la comunión trinitaria... (Ignatios Hazim).

"La oración –dice san Agustín– es la respiración del alma. Igual que necesitamos respirar para vivir, necesita el cristiano la oración para no morir". "Son las almas que no tienen oración como un cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene pies y manos no los puede mandar" (Santa Teresa de Jesús, 1M 1, 6).

La salud del ser humano es el amor; es éste lo que da vida y mantiene vivas a las personas. Un corazón capaz de amar, es aquel que tiene en cuenta al otro, "nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. La verdadera oración llevará no a guardar la vida, sino a la generosidad y la entrega y disposición de perder esta misma" (Jn 15, 13).

## Pidan, busquen y llamen

"En Sura (una ciudad junto al río Éufrates) había peste, pero nadie fue atacado de los que rodeaban a Rab. La gente creía que era debido a sus grandes méritos. Pero un sueño les hizo comprender que aquello era cosa de poca monta para que estuvieran en cuestión los grandes méritos de Rab. Si la peste no se extendió por su barrio era gracias a un hombre que prestaba su pala y su azadón para que pudieran enterrar a los muertos.

En Dakeret, en un gran incendio, se vieron libres los vecinos del Rabí Huna. Creían que era gracias a sus méritos. Pero un sueño informó a la gente que aquello era poco respecto a los méritos del Rabí Huna; de hecho, (si el incendio respetó a los vecinos de R. Huna) fue gracias a los méritos de una mujer que solía calentar su horno cada vigilia del sábado y ponerlo gratuitamente a disposición de sus vecinos" (Talmud).

Muchos piden, dejan su pala, calientan el horno, y otros se benefician.

"Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá" (Mt 7, 7-12).

Pedir, buscar y llamar son actividades realizadas por cualquier ser humano. "Pedir", "buscar", "llamar" a la puerta, son expresiones que indican la constancia de la oración cristiana. Jesús asegura que el Padre responderá siempre que se le pida, se le busque o se le llame. Él es un padre y no nos dará una piedra en lugar de pan, ni una serpiente en lugar de un pez. Jesús nos invita a pedir, a buscar y a llamar, pero dejando en manos de Dios "las cosas buenas" que él sabe que necesitamos, dejando la respuesta a su infinita sabiduría, porque "ya sabe el Padre Celestial lo que necesitamos" (Mt 6,32).

Pedir, buscar y llamar desde la humildad. "Lo que yo entiendo –dice Teresa de Jesús– es que todo este cimiento de la oración va fundado en humildad, y que mientras más se abaja un alma en la oración, más la sube Dios" (V 22, 11) Incluso un poco antes había ya apuntado: "Como este edificio de la oración va todo fundado en humildad, mientras más llegados a Dios, más adelante ha de ir esta virtud, y si no, va todo perdido" (V 12, 4).

“El verdadero humilde ha de ir contento por el camino que le llevare el Señor” (C 17).

La Santa aproximará la humildad a la pobreza de espíritu, definiendo ésta como “no buscar consuelo ni gusto en la oración... sino consolación en los trabajos por amor a él, que siempre vivió en ellos” (V 22, 11).

Orar es pedir y es buscar, estando abiertos siempre a Dios que se hace encontradizo de miles de maneras y dispuestos a recibir la que él nos quiera dar. Cuando alguien pide algo, lo hace desde su necesidad, confiando conseguir lo que desea.

Él siempre nos dará su luz, la vida, el gozo, la verdad, la salvación. La luz del Señor es fortaleza. “El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?” (Sal27,1). La luz nos lleva a andar en la verdad, en el camino de Dios. “Si decimos que estamos en comunión con él y andamos en oscuridad, mentimos” (1 Jn 1,6). Jesús se presenta diciendo: “Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8,12)

La oración es luz que nos aleja del pecado y la injusticia. Quien ora es hijo de la Luz y vive en comunión con Dios y busca su voluntad. La oración es esencial para encontrarnos con Dios que es el alimento de nuestra vida.

Pero no hay coacción para orar; podemos libremente decidir si oramos o si descuidamos la oración. Cuando decimos que la oración es necesaria, queremos decir necesaria para la parte más noble del hombre; lo mismo que la parte más noble del hombre –su alma– es con frecuencia olvidada, así lo es también la oración. Porque la oración no es cosa fácil. No es pronunciar muchas palabras, ni la recitación hipnótica de una fórmula, es levantar la mente y el corazón a Dios en constantes y renovados actos de amor. Debemos ir más allá para alcanzar la oración, como Jacob luchó contra el ángel. Debemos levantar en alto la lámpara de nuestra fe para que nos muestre qué es la oración y cuál es su fuerza y valor. En la penumbra debemos musitar nuestra oración: Señor, enséñanos a orar.

Para orar es necesario hacer oraciones largas. Normalmente la oración que brota de la necesidad y de una situación difícil es corta. He aquí unas cuantas:

Gran Espíritu, ayúdame a no juzgar nunca a nadie hasta que haya caminado con sus mocasines (Oración de los indios Sioux).

Señor, concédeme que siempre desee más de lo que puedo lograr (Michel Ángelo Buonaroti).

No te muevas y entiende que estoy contigo (Plegaria inglesa).

Da, Señor, a los ricos todo lo que pidan. A nosotros, los pobres, que nada deseamos, danos tan sólo el gozo de saber que tú fuiste uno como nosotros (Herman Hesse).

No quiero pedirle a Dios que me evite los peligros, sino que me ayude a desafiarlos. No le suplicaré que alivie mis penas, sino que me dé valor para vencerlas (Rabindranath Tagore).

Señor, entrego mi pasado a tu perdón; mi presente a tu amor; mi futuro a tu providencia (Nasscimbeni).

En muchos casos, la oración de petición queda sin aparente respuesta, y entonces se cuestiona la promesa de Jesús: “Pedid y recibiréis”.

La oración de Jesús en Getsemaní nos ofrece una solución: “Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mc 14, 36).

## La oración tiene sus reglas y condiciones

La mamá había enseñado a su hijo a orar con las manitas juntas. Un día se le ocurrió esta oración: “Para que no me vaya a las manos y como me manejo muy mal, te pido que me eches una mano para que no sea un manazas”.

Dios es el padre que quiere comunicarse con sus hijos. A ellos les invita a escucharle, a pedir unidos a Jesús y al Espíritu. “Yo soy el Señor tu Dios... No

tendrás otros dioses fuera de mí” (Dt 5, 6-7). Escucharle es abandonar otros ídolos. “Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt 6, 4-5).

El cristiano debe orar como el Maestro, debe hacerlo desde la fe y guiado por el Espíritu debe darse cuenta de que su oración debe abarcar al mundo entero.

Jesús nos enseña a orar y nos dice que tenemos que orar como él: dirigiéndonos a un Dios-Padre (Lc 11,2); desde la propia interioridad (Mt 6, 5-6); sin ser palabreros (Mt 6, 7-8); llenos de fe y confianza (Mt 21, 21); en actitud humilde (Lc 18,9); con machacona insistencia (Lc 11, 5); unidos a los hermanos (Mt 18, 19); adecuando nuestra fe con nuestras obras (Mt 7, 21); seguros de la bondad del Padre (Mt 6,7); buscando lo mejor para nosotros (Lc 12,29); perdonando (Mt 11, 25); sin olvidar a los propios enemigos (Mt 5, 43); orando por mediación suya (Jn 15, 1).

Orar es consecuencia de la fe. El creyente, al mismo tiempo que pide a Dios, a él se abre incondicionalmente. “Pues yo os digo: Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y os abrirán” (Lc 11, 9). El pedir, en general, se nos da bien, aunque a algunos les dé vergüenza. La petición es la oración más usada por los cristianos. Pero la oración de petición no tiene que brotar simplemente por la necesidad, tiene que ser una oración confiada, inspirada y escuchada. Confiar es creer que al Dios que nos dirigimos es nuestro padre que desea todo lo mejor del mundo para nosotros, que está pronto a escuchar y a responder, aunque a veces se demore. Él sabe lo que necesitamos antes de que abramos la boca. Él conoce nuestras necesidades, aunque a veces no las reconoce. “Antes de que me llamen yo les responderé; antes que terminen de hablar, yo les habré escuchado” ( Is 65, 24).

Una mujer enferma por años, supera sus miedos personales, el obstáculo de las multitudes y con fe, con temor y temblor, sin que lo notara nadie, se acercó y tocó a Jesús. Y la fe salvó a aquella mujer de la enfermedad que le atormentaba.

“Ningún ser humano es una isla, completa en sí misma; cada ser humano es un fragmento del continente, una parte del océano... Estoy inmerso en la humanidad” (John Donne). El orante no ora en solitario. Las necesidades de los otros son también tuyas. En el capítulo 32 del libro del *Éxodo*, Moisés mantiene un largo debate con Dios, cuya voluntad consigue finalmente cambiar: “Y dijo Yahvéh a Moisés: *Ya veo que este pueblo es un pueblo de dura cerviz. Déjame ahora que se encienda mi ira contra ellos y los devore; de ti, en cambio, haré un gran pueblo.* Pero Moisés trató de aplacar a Yahvéh, su Dios.. Y Yahvéh renunció a lanzar el mal con que había amenazado a su pueblo” (Ex 32, 9-14).

El libro del *Génesis* (18, 16-32) muestra cómo Abraham trata de hacer lo mismo con Dios, intercediendo a favor de las ciudades de Sodoma y Gomorra: Yahvéh se había dicho: “¿Voy a encubrir a Abraham lo que voy a hacer, siendo así que Abraham ha de convertirse en una nación grande y poderosa? (...) No la destruiré en atención a los veinte.” Dijo (Abraham): “Vaya, no se enfade mi Señor, y hablaré sólo esta vez: quizá se encuentren allí diez...” Y dijo (Yahvéh): “No la destruiré en atención a los diez”. Dios le echó una mano a Abraham y echa las dos manos a quien acude a él con fe y humildad.

## Comunicarnos con él

El abba Evagrio dice: “Atormentado por los pensamientos y las pasiones del cuerpo fui a buscar al abba Macario y le dije: Padre, dime una palabra para vivir en ella. El abba Macario me dijo: Ata la cuerda del ancla a la piedra y por la gracia de Dios la barca atravesará las olas diabólicas de este mar engañoso (...). Yo le dije: ¿Cuál es la barca? ¿Cuál es la cuerda? ¿Cuál es la piedra? El abba Macario me dijo: La barca es tu corazón; guárdalo. La cuerda es tu espíritu; átalalo a nuestro Señor Jesucristo que es la piedra que tiene poder sobre todo el mar (...), pues no resulta

fácil decir en cada respiración: Señor nuestro Jesucristo, ten piedad de mí; yo te bendigo, Señor Jesús, socórreme" (Pseudo-Macario).

La oración es acercarnos a él, tomar conciencia de su proximidad. "Señor, todo está en ti, yo mismo estoy en ti, recíbeme", dice el peregrino Macario en El Adolescente de Dostoievski.

"Aunque es verdad que el principio divino está presente en todos los seres, sin embargo, no todos habitan en él... Si estuviéramos en un barco a la deriva y nos lanzaran una cuerda atada a una roca para salvarnos, evidentemente no atraeríamos hacia nosotros la roca, sino que nosotros y el barco iríamos hacia ella... no es preciso comenzar a la vez en todas partes y en ninguna, sino para ponernos en sus manos y unirnos a él..." (Dionisio El Areopagita)

Para orar hay que hacerlo con la boca, la mente y, sobre todo, con el corazón. "Yo entiendo por oración no sólo la que está en la boca, sino la que surge del fondo del corazón. En efecto, así como los árboles con raíces profundas no temen tempestades (...), igualmente las oraciones que surgen del interior del corazón, y que están arraigadas allí, se elevan hacia el cielo con total seguridad y no son desviadas por el asalto de ningún pensamiento"( san Juan Crisóstomo).

La oración es comunicación, encuentro. Juan Casiano recomienda un encuentro con Dios silencioso. "Debemos tener cuidado especial en seguir el precepto evangélico que nos pide que entremos en nuestra habitación y cerremos la puerta para rezar a nuestro Padre.

Así debemos cumplirlo.

Rezamos en nuestra habitación cuando alejamos nuestro corazón del tumulto de nuestros pensamientos y preocupaciones y cuando, en una especie de encuentro secreto y de amistad muy dulce descubrimos al Señor nuestros deseos.

Rezamos con la puerta cerrada, cuando invocamos, sin mover los labios, al que sin escuchar nuestras palabras, mira nuestro corazón.

Rezamos en secreto cuando hablamos a Dios a través de nuestro corazón y la concentración del alma, y solo le manifestamos a él nuestras disposiciones, aunque los poderes adversos no puedan adivinar su naturaleza. Esta es la razón del profundo silencio que debemos guardar en la oración". (Juan Casiano).

La oración de las personas no es siempre la misma. Cambia según las circunstancias, según los años, dependiendo de la madurez de cada uno. "En la vida de los convertidos hay tres etapas: comienzo, transición y perfección. En los comienzos, los convertidos encuentran las seducciones de la dulzura; en la transición, los combates contra la tentación y al final, la perfección de la plenitud. Primero la dulzura para reconfortarlos; después la amargura para probarlos y, al fin la suavidad de las cosas últimas para consolidarlos" (Gregorio El Grande).

Pero siempre la oración tendrá que apuntar al amor, a no renegar de la vida. Gandhi asumió, interior y exteriormente, la vida de los más pobres. Comía, bebía y realizaba la vida con los intocables. Se comprometió con su situación, no quiso ser su protector. "No debo insultar la desnudez de los pobres, dándoles unos vestidos que no necesitan en lugar de encontrarles trabajo que les hace falta... No les daré migajas de pan, ni mis trajes usados, sino mis mejores vestidos y los manjares más sabrosos, sin olvidarme de unirlos a ellos en un mismo trabajo".

"No renegaré de tu amor.

porque tú has sido quien me has formado de la tierra  
eres tú quien extiendes la mano y me cuidas.

Esto es lo que hay que meditar cuando se reza" (Evagrio Póntico).

## Confianza en Dios

En 1982, la Corporación Forum, de Boston Massachusetts, estudió a 341 vendedores de distintas compañías, en cinco industrias, para determinar a qué se

debía la diferencia entre los más altos productores y los productores término medio. De éstos, 173 eran vendedores del más alto nivel, y 168 eran vendedores término medio.

Cuando se terminó el estudio, era claro que la diferencia entre los dos grupos no podía atribuirse a destrezas, conocimientos o habilidad. La Corporación Forum encontró que la diferencia se debía a la honradez!

Las personas que alcanzaban el más alto nivel en ventas eran más productivas porque los clientes tenían confianza en ellas. Y como les creían, les compraban a ellas.

Uno de los requisitos más importantes de la oración es la confianza en Dios.

El cristiano ha recibido el don inmenso de poder decir a Dios: Padre nuestro. ¿Qué podrá negar a los hijos que piden, habiéndoles antes otorgado el que fuesen hijos? (San Agustín).

"Pedid y recibiréis..." Mt 7, 7-8): lo que repite para recomendar a justos y pecadores la confianza en la misericordia de Dios, y por eso añade: Todo el que pide recibe; es decir, ya sea justo, ya sea pecador, no dude al pedir, para que conste que no desprecia a nadie (San Juan Crisóstomo).

Preguntaron al abba Macario: "¿Cómo se debe rezar?" El anciano respondió: "No es necesario perderse en palabras. Basta con extender las manos y decir" "Señor, como tú quieres y sabes: ten piedad. Si el combate continúa, decid: ¡Señor, socórreme! Él sabe lo que os conviene y tendrá piedad de vosotros".

La confianza se apoya en la fe, seguros de la bondad del Padre y sin vacilación alguna.

La confianza para pedir, para llegar a él está basada en su poder, "...pues si cuando andaba en el mundo de sólo tocar su ropa sanaba los enfermos, ¿qué hay que dudar que hará milagros estando tan dentro de mí -si tenemos fe- y nos dará lo que le pidiéramos, pues está en nuestra casa? (*Camino de Perfección* 34, 8).

La fe en la Biblia. Para la Biblia es la fe la fuente de toda la vida religiosa. A Dios debe responderle el ser humano con la fe. Siguiendo las huellas de Abraham, "padre de todos los creyentes" (Rm 4, 11), los personajes ejemplares del AT vivieron y murieron en la fe (Hb 11), que Jesús "lleva a su perfección" (Hb 12, 2). Los discípulos de Cristo son "los que han creído" (Hch 2, 44) en él. El que ha creído en la palabra, introducido en la Iglesia por el bautismo, participa en la enseñanza, en el espíritu, en la "liturgia" de la Iglesia (Hch 7, 55-60), en una confianza absoluta en aquel "en quien ha creído" (2Tm 1, 12; 4, 17s) Se llega a la fe por la entrega, la confianza en Dios, por la aceptación de su Palabra. "El corazón tiene sus razones que la razón no comprende... Es el corazón el que siente a Dios, no la razón. Y eso es precisamente la fe: Dios sensible al corazón, no a la razón" (B. Pascal).

Según san Juan la fe consiste en: creer en Jesucristo (Jn 3, 15); en recibirle (1, 12); en escucharle (5, 40), en seguirle (8, 12); en permanecer en él (15, 4-5), en su palabra (8, 31), en su amor (15, 9).

Por la fe conocemos a Dios. Creer en el evangelio es condición indispensable para entrar en el Reino (Mc 1, 15). La fe en Jesús realiza milagros (Mt 13, 58), sana y salva (Mc 5, 34).

"La fe es garantía de lo que se espera; la prueba de las realidades que no se ven" (Hb 11, 1)

La fe mueve montañas. Sólo las personas de fe pueden realizar grandes empresas y sacar fuerzas de todas las contrariedades que salen al paso. La fe ayuda, la fe es tabla de salvación. La fe te ayuda mucho. Cuando no hay fe, falta la vida .

Sin la fe no podríamos subsistir. "El hombre es lo que cree". Somos lo que creemos que somos. A. Chejov y J. Suart Mill afirman que "la persona que tiene fe posee más fuerza que otras noventa y nueve que sólo tengan intereses". Cuando uno cree que algo es verdadero se pone en un estado como si lo fuese. "Fe es cualquier principio, guía, aforismo, convicción o pasión que pueda suministrar sentido y orientación a la vida" (A. Robbins).

El poder sin límites está en nuestra fe, pues ya lo expresaba muy bien Virgilio "pueden porque creen que pueden". Hay que aprovechar cualquier cosa que ofrezca a un ser humano un rayo de fe y de esperanza y lo pueda cambiar.

Somos lo que creemos. Nuestro sistema de creencias se basa en nuestras experiencias pasadas, las cuales revivimos constantemente en el presente, temiendo que el futuro vaya a ser igual que el pasado.

Sólo en el ahora podemos rectificar nuestras percepciones erróneas, y eso sólo se puede lograr eliminando de nuestra mente todo lo que creemos que otros nos han hecho y lo que nosotros creemos haberles hecho a otros.

Un hombre estaba sentado en el comedor de su casa; a su izquierda había un vaso de agua y a su derecha un plato de alimento. Inseguro de si era hambre o sed lo que padecía, dudaba entre tomar la comida o beber el agua. Y persistiendo la incertidumbre murió sin probar el alimento ni saciar la sed.

La duda y la indecisión nos llevan a la muerte. No podemos vivir sin fe, sin confianza.

Las dudas. "Las dudas son nuestros traidores", decía Shakespeare. Y es cierto, porque basta que penetre una duda en nuestra mente para acabar con toda la confianza y seguridad del mundo.

La duda forma parte del sistema de nuestras creencias. Al dudar de nuestros logros potenciales, proclamamos con certeza lo que es y lo que no es posible. Nadie se puede permitir el lujo de albergar dudas y admitir en su mente frases como: "no tengo el talento suficiente", "eso no puede hacerse, sé realista".

Si hay confianza al pedir, también la hay al expresarse en cualquier tipo de conversación. Cuando hay confianza nos movemos a gusto, nos mostramos como somos, abrimos mente, corazón y todo el ser. Esta fue la impresión que me dio cuando recibí una carta de la joven salvadoreña Sofía Apóstolo, su carta a Dios. "Estuve buscando la dirección del cielo pero al parecer nadie la sabía y en la guía telefónica tampoco se encontraba tu nombre. Todo parecía tan complicado. Sin embargo, era aun más fácil de lo que pensaba. Al abrir mi corazón, al buscarte y conocerte este corazoncito te encontró. Habías estado tocando mi corazón y esperando que te invitara a entrar y que vivieras por siempre en él. Por las noches estuviste esperando que de mi boca saliera al menos una palabra para ti, un beso enorme o un abrazo abrumador. Todas las noches seguías ahí, a mi lado, acariciando mi rostro y diciéndome incansablemente TE AMO. La necesidad de tener tu dirección y teléfono parecía indispensable pero tuve algo mejor e inigualable: una conversación directa contigo, de corazón a corazón. Mi corazón lloró de júbilo, mi mirada se llenó de luz y de mi boca salieron las palabras que tú tanto esperabas: TE AMO. Inmediatamente susurraste a mi oído: Yo también te amo hija, y los dos sonreímos. Por fe tuve la certeza de que nuestra amistad sería para siempre. Mis problemas te confié y tú me llenaste de fortaleza para afrontarlos. Te platiqué mis metas y tú me proveíste de lo necesario para realizarlas. Desde el momento que las puertas de mi corazón se abrieron para ti, fueron abriéndose muchísimas puertas para mí. Tú eres mi amigo incondicional: ¡El de hoy mañana y siempre! Te ama, tu Sofi".

## Dios se retrasa, pero llega

Santa Mónica es un gran ejemplo de perseverancia en la oración. Su joven hijo Agustín se extravió cediendo al vicio y cayendo en la herejía. Tras mucho orar y mucho llorar, Mónica logró al fin su conversión. Ya San Ambrosio, su director espiritual, había tratado de consolarla muchas veces diciéndole: "No es posible que perezca un hijo de tantas oraciones y lágrimas".

La perseverancia es una de las condiciones de la oración. Los santos son claros cuando hablan de la necesidad de la perseverancia. "Vete al Señor mismo, al mismo con quien la familia descansa, y llama con tu oración a su puerta, y pide, y

vuelve a pedir. No será él como el amigo de la parábola: se levantará y te socorrerá; pero no por librarse de ti; está deseando dar; si ya llamaste a su puerta y no recibiste nada, sigue llamando que está deseando dar. Difiere darte lo que quiere darte para que más apetezcas lo diferido; que suele no apreciarse lo aprisa concedido”(San Agustín).

La oración exige perseverancia. No es una meta, es una camino diario que se anda tras el rastro y rostro de Dios. Y la perseverancia necesita del esfuerzo de una determinada determinación, ya que “Dios es amigo de ánimas animosas”, dice santa Teresa. Orar en los momentos de dulzura, de sentir a Dios cercano, de trato fácil, no tiene tanto valor. Perseverar en momentos de sequedad, de desierto, de ausencia de Dios, exige mucha fe y valor. Y para eso no se necesitan muchas palabras bonitas, ni que nos salga en discurso maravilloso, ni que tengamos unos pensamientos excelentes. No. Nos basta el estar ahí, junto al Maestro, el Amado, que sabemos que nos ama, a pesar de que no sintamos ese amor; que somos conscientes de que su delicia es estar con nosotros, a pesar de que nosotros queramos huir y escapar.

Perseverar es esperar a que Dios obre, abandonarse a un Dios como se abandona un niño en brazos de su madre, es no mirar el reloj y dar el tiempo por perdido, aunque será bien ganado. Quien persevera llegará al puerto de la salvación. Así lo dice santa Teresa: “Si persevera en la oración, por pecados y tentaciones y caídas de mil maneras... en fin, tengo por cierto la saca el Señor a puerto de salvación” (V 8, 4). La oración exige entrega y perseverancia. Solo pueden perseverar los que se determinan a ser amigos de Dios. En todas nuestras relaciones amorosas, como dijo Somerset -Ward: “La perseverancia es el signo más seguro del amor”.

Dios se retrasa en contestar y en conceder lo que se pide. Por eso necesitamos echar mano de la paciencia y perseverancia. “Vemos muchas veces que el Señor no nos concede enseguida lo que pedimos; esto lo hace para que lo deseemos con más ardor, o para que apreciemos mejor lo que vale. Tal retraso no es una negativa, sino una prueba que nos dispone a recibir más abundantemente lo que pedimos” (Santo Cura de Ars).

“Dios quiere ser rogado, quiere ser coaccionado, quiere ser vencido por una cierta importunidad...” (San Gregorio Magno). Dios no falla y llega a tiempo. Así lo confirma san Juan de la Cruz cuando dice: “Comprendan todas las almas que, si Dios no les cumple enseguida lo que le piden y necesitan, no fallará a su debido tiempo si ellas son constantes y no desmayan y se desalientan”. Dios no falla si se es constante, si se persevera hasta el final.

La perseverancia lleva consigo el pedir una y mil veces. Cuando falla la oración es porque no estamos preparados para pedir y recibir. “Cuando digo a alguno: Ruega a Dios, pídele, suplícale, me responde: ya pedí una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y nada he recibido. No ceses, hermano, hasta que hayas recibido; la petición termina cuando se recibe lo pedido. Cesa cuando hayas alcanzado; mejor aún, tampoco entonces ceses. Persevera todavía. Mientras no recibas pide para conseguir, y cuando hayas conseguido da gracias.

E igual que tenemos que ser perseverantes en nuestra oración, tenemos que ser constantes cuando pedimos por los otros. La necesidad nos obliga a rogar por nosotros mismos, y la caridad fraterna a pedir por los demás. Es más aceptable a Dios la oración recomendada por la caridad que la que es impulsada por la necesidad” (San Juan Crisóstomo).

Nunca se consigue nada en la oración sin la perseverancia. Sólo la perseverancia nos ayudará a progresar en el camino oracional y a mantenernos firmes. Quizá para perseverar hay que pedir al Señor la gracia de mantenerse en la petición “Hazme fuerte, aun en mi desvalimiento de mujer, y de mujer pobre; hazme despreciadora de todo poder que no sea puro, de toda presión que no sea la de tu voluntad ardiente sobre mi vida”.

La perseverancia tiene que ir acompañada de la paciencia. Quien es paciente, persiste en el camino, persevera hasta el final. Estamos acostumbrados a

la rapidez y eficacia, y la oración exige tiempo y no siempre va acompañada de buenos resultados palpables. La paciencia nos lleva a saber esperar a Dios que tarda, que es desconcertante, que nunca responde como lo esperamos. La paciencia nos empuja a aceptar lo que humanamente es inaceptable, lo que no tiene explicación.

¡Amigo, acompáñame!, isostenme! Muchas veces sólo te tendré a ti a mi lado. Cuando mi doctrina sea más cabal y más quemante mi verdad, me quedaré sin los mundanos; pero Tú me oprimirás entonces contra tu corazón, el que supo hartarse de soledad y desamparo (Gabriela Mistral).

## Orar en todo tiempo

Cuando Kennedy visitó Colombia, se dio cuenta de que en el programa no estaba la Misa, y llamando al Presidente Lleras Camargo, le dijo:

– “Doctor, veo que aquí falta una cosa: la Santa Misa”.

– “Ah, excelencia –repuso Lleras–, hay tantos compromisos que no se le encontró tiempo para ella”.

– “No, no, de ninguna manera –respondió Kennedy–. Que se quiten otros compromisos y se ponga la misa, porque yo soy católico y estamos en Domingo, y, por tanto, es mi deber asistir a dicho acto religioso”.

Hay tiempo para lo que se estima.

El tiempo es oro. “Vale más que el oro, porque con él podemos ganar o perder a Dios” (san Enrique de Ossó).

Dios nos llama continua e insistentemente a que le abramos la puerta cerrada de nuestro corazón. “Yo estoy a la puerta llamando. Si alguien oye y me abre, entraré y comeremos juntos” (Ap 3, 20). El mismo Jesús nos ha pedido que oremos con constancia, sin desanimarnos (Lc 11, 5 ss). Esto mismo lo aconseja Pablo: “Oren incesantemente” (1Tes 5, 17). La iglesia oriental para cumplir con este consejo, propone un método de oración sencillo. Al mismo tiempo que la respiración va serenando el corazón, a cada respiración se repite: “Señor Jesús, ten piedad de mí”. Debido a la repetición de estas palabras, el método se llama también “la oración del nombre de Jesús”. El corazón late al ritmo de cada palabra y es Jesús el que va serenando, amansando, y curando el corazón. Al pronunciar el nombre de Jesús, todo mal huye y recobra la calma el ser humano.

“Es necesario orar siempre” (Lc18, 1). Este es un mandato que nos dejó Jesús. Siempre tenemos que sacar tiempo para orar. Aunque trabajar, cantar, reír y llorar es orar, debemos sacar tiempos fuertes para orar. A partir de esos momentos, armonizaremos nuestra vida con la de Dios y podremos encontrar a Dios en cualquier actividad. Hay que tomar tiempo para orar, ya que “cuando hayamos aprendido a rezar, habremos encontrado el secreto de bien vivir” (San Agustín). Quien ha experimentado la importancia de la oración en su vida, saca tiempo para orar en todo momento, siempre.

Pablo nos invita a orar, a cantar, a hacer todo en nombre de Dios, orar en toda ocasión. “Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo” (Ef 5, 19).

El israelita oraba tres veces al día. Esto mismo dice el salmo 55: “Yo invoco a mi Dios, y Yahvé me salva. A la tarde, a la mañana, al mediodía me quejo y gimo: Él oye mi clamor”. Aunque dedicamos momentos concretos para orar, todo el día tiene que ser oración, y sobre todo orar en los momentos importantes.

El Dr. Robert White, catedrático en la Universidad de Cleveland y director de su hospital, era un gran cirujano y creyente. Él dijo: “Para mí la práctica de la medicina y la fe religiosa están indisolublemente ligadas. Oro mucho, sobre todo antes de efectuar una operación y después de terminarla”.

“¡Felices aquellos cuyos días son todos iguales!”

Lo mismo es un día que otro,  
lo mismos un mes que un día,  
y un año lo mismo que un mes.  
Han vencido al tiempo; viven sobre él,  
y no sujetos a él.  
No hay para ellos más que las diferencias del alba,  
la mañana, el mediodía, la tarde y la noche;  
la primavera, el estío, el otoño y el invierno.  
Se acuestan tranquilos, esperando el nuevo día,  
y se levantan alegres a vivirlo.  
Vuelven todos los días a vivir el mismo día.  
Rara vez se forman idea de su Señor,  
porque viven en él, y no lo piensan,  
sino que lo viven.  
Viven a Dios, que es más que pensarlo, sentirlo o quererlo.  
Su oración no es algo que se destaca y separa de sus demás  
actos,  
ni necesitan recogerse para hacerla, porque toda su vida, toda  
es oración,  
oran viviendo.  
Y por fin mueren como muere la claridad del día al venir la  
noche,  
yendo a brillar en otra región.  
¡Santa sencillez! Una vez perdida no se recobra" (Miguel de  
Unamuno).  
"Todo tiene su momento,  
y cada cosa  
su tiempo bajo el cielo;  
su tiempo de nacer,  
y su tiempo de morir;  
su tiempo el plantar,  
y su tiempo el arrancar  
lo plantado...  
Su tiempo el amar,  
y su tiempo el odiar;  
su tiempo la guerra,  
y su tiempo la paz" (Qo 3, 1-8).

El orar tiene su tiempo, aunque todo tiempo tiene que ser un momento propicio para la oración.

## Padre de todos

"A un hombre que iba de viaje y llevaba a su hijo delante de sí, unos ladrones le salieron al encuentro con intención de robárselo, y entonces el padre lo tomó y lo puso detrás de sí. Vino por detrás un oso y quiso arrebatárselo, y entonces el padre lo volvió a poner delante de sí. Vinieron por un lado los ladrones y el oso por el otro, y el padre lo cogió y lo puso sobre sus hombros. Pero el hijo comenzó a sentirse molestado por el sol y entonces su padre lo cubrió con su propia ropa. El hijo tuvo hambre, y él lo alimentó; tuvo sed, y le dio de beber". (Un rabino, del tiempo de Jesús).

Tenemos que recordar que la oración es un fenómeno humano universal. Todos los pueblos oran a su Dios. Lo típico de la oración cristiana es que ora a un Dios al que le considera Padre. Esto lo expresa el creyente no sólo con palabras sino con gestos, en el silencio, con todo su ser. En esta relación interpersonal el

orante toma conciencia de que al mismo tiempo que existe él, existe el Otro, el Absoluto. Pero esta comunicación es, más que un acto de la razón, un acto del corazón que brota de la vida teologal que lleva a saberse hijo de Dios y a tratar de transformarse para unirse totalmente a él.

Jesús nos revela a Dios como padre. Cuando oren, les dijo a los discípulos, digan: Padre (Lc 11, 1). El Espíritu nos hace gritar: Padre (Ga 4, 3-7). Esta es la primera palabra del padrenuestro. Los Padres de la Iglesia enseñaban como lo más importante el Abbá, pues es "síntesis de todo el Evangelio" (san Agustín).

San Juan decía emocionado al grupo de cristianos de su comunidad: "¡Mirad qué magnífico regalo nos ha hecho el Padre: que nos llamemos hijos de Dios; y además lo somos!" (1 Jn 3, 1 ). Pues bien, el mismo regalo que nos ha hecho de "hijos" nos ha hecho también de ser "hermanos". La fraternidad no es nunca conquista nuestra, sino don que se convertirá en tarea a lo largo de la vida.

Un niño no conocía a su padre. Pero su madre le había hablado de lo grande y fuerte que era. Aprendió a quererle sin conocerle. Cuando llegó a la prisión a verle por primera vez, le fue muy fácil decirle: Papa. Te quiero mucho.

Padre es la primera palabra del padrenuestro. Dios es padre y como tal cuida, protege y ama a sus hijos. No hay amor humano con el que se pueda comparar su amor. San Juan de la Cruz dice que "llega a tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece a esta humilde y amorosa alma, que se sujeta a ella verdaderamente para engrandecerla, como si él fuese su siervo y ella fuese su señor. Y está tan solícito en regalarla, como si él fuese su esclavo y ella fuese su Dios: ¡tan profunda es la humildad y dulzura de Dios! ( C 27, 1 ).

Dios como Padre quiere a todos, cuida y protege, en especial a aquellos que necesitan más protección. "Le preguntaban un día a un hombre con fama de sabio: Tú tienes muchos hijos, ¿cuál es tu preferido? El hombre respondió: Mi preferido es el más pequeño, hasta que se hace grande. El que está lejos hasta, que vuelve. El que está enfermo, hasta que se cura. El que está prisionero, hasta que es liberado. El que está sufriendo, hasta que le llega el consuelo". ( De un sabio persa ).

Dios es el padre que nunca falla a sus promesas amorosas. Santa Teresa dice en C 27, 7: "¡Oh Hijo de Dios y Señor mío!, ¿cómo nos dais en nombre de vuestro Padre todo lo que se puede dar, pues queréis que nos tenga por hijos, que vuestra palabra no puede faltar...? Un tal Padre forzado ha de ser mejor que todos el padre del mundo, porque en él no puede haber sino todo bien cumplido."

Dios Padre quiere que, sus hijos, vivamos como hermanos. "Hemos aprendido a volar como los pájaros, a nadar como los peces; pero no hemos aprendido el sencillo arte de vivir juntos como hermanos" (Luther King). Seremos verdaderamente hermanos cuando logremos borrar del diccionario y de los corazones las palabras: hambre, segregación racial, guerra, odio cuando reine solamente el amor.

## Danos el pan de cada día

Un día Paoli, uno de los grandes contemplativos de esta hora de América Latina, se hizo está pregunta: "¿Qué es aquí la oración?" Y el "aquí" era un barrio de 70,000 negros en Cartagena de Indias, frente al puerto, tumbado en la hamaca, en plena noche, con música de cumbia y bambuco por fondo, filas interminables de buscadores de agua, y aquellos niños desnudos con hambre de pan y cariño: "¿Qué es la oración aquí, en América Latina, sin tiempo ni espacio?"

El ser humano nace pidiendo. Pide el niño, a grito pelado, el alimento. El pueblo grita lo mismo: pan, maíz, una vivienda...

Danos es una petición concreta: danos nuestro pan, danos de qué vivir. Es el pan de trigo o de mandioca, fruto de la tierra y del reparto. En la vida cotidiana dependemos de él. El padrenuestro es una oración de petición. "Danos cada día

nuestro pan del mañana" (Lc 11, 3) y Mateo añade: "Danos hoy nuestro pan del mañana" (Mt 6, 11). "Cuando decimos el pan nuestro de cada día dánosle hoy, con el hoy queremos significar el tiempo presente, para el cual, al pedir el alimento principal, pedimos ya lo suficiente, pues con la palabra pan significamos todo cuanto necesitamos" (san Agustín).

Dicen los Vedas: "La simiente que compras no es tuya. La semilla que siembras no es tuya. Las espigas que crecen no son tuyas. El grano cosechado no es tuyo. El grano que toma el panadero no es tuyo. Los panes que amasan no son tuyos. El pan que compras no es tuyo. Sólo el trozo de pan que tú comes es tuyo".

Cuando pedimos el pan, pedimos el alimento físico, ese que el Señor da a todas sus criaturas: "Haces germinar la hierba para el ganado y las plantas para el servicio del ser humano; haciendo salir pan de la tierra, y vino que alegra el corazón del ser humano, haciendo brillar su rostro con aceite, y confortando con pan el corazón humano" (Sal 104, 14-15). La persona, aunque pide de acuerdo a sus inquietudes, a sus caprichos o proyectos, tendrá que hacerlo con sinceridad y sin avaricia: "Aleja de mí falsedad y palabra mentirosa, no me des pobreza ni riqueza; concédeme la ración precisa" (Pr 30, 8).

Si me tocaran unos millones, no volvía a dar golpe en la vida, dicen algunos. Soñamos en que algún día terminemos de penar. Nuestras necesidades las conocemos, nos duelen. No tanto somos conscientes de la urgencia de los otros. Por eso en todo padrenuestro deberíamos abrir los ojos y el corazón para que el Señor nos dé la fuerza en el compartir.

Mientras millones de niños mueren de hambre y muchos más personas se ven obligadas a emigrar en busca de una vida más digna, las minorías tienen casi todos los recursos y gastan millones en armamentos. Dichosos aquellos que han escuchado el mensaje claro y estremecedor del Señor: "Venid benditos de mi Padre... porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber..." (Mt 25, 31-46).

"Compartir el pan" nos trae a la memoria a Jesús sentado a la mesa de los despreciados del mundo (Mc 2, 15), preocupado por la "multitud" (Mt 15, 32-39). Él comparte la cena con los discípulos (Lc 22).

Jesús es el "pan de vida" (Jn 6, 26-58) y el de la "palabra" (Mt 4, 4). Los discípulos de Emaús, que caminaban con el alma llena de tristeza, incompreensión, desesperanza y sus ojos estaban incapacitados de reconocerle, a ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron al partir el pan (Lc 24, 13-35). Los ojos cerrados y ciegos, tienen que abrirse al contacto de la Palabra y la Fracción del pan.

El alimento cotidiano, el pan del mañana, no debe angustiarnos. Jesús modera el cuidado por asegurar el futuro, "Así que no os preocupéis del mañana, que el mañana se preocupe de sí mismo. A cada día le basta su dificultad" (Mt 6, 34). Sin embargo no aprendemos a vivir en el hoy, necesitamos saber que tenemos el control y la seguridad en el mañana. Un dicho de Rabí Eliécer de Modín viene al caso: "Quien tiene hoy qué comer y dice: ¿qué comeré mañana?, es un nombre de poca fe".

Mas el ser humano no sólo tiene hambre de pan. Hambrea una palabra de aliento y consuelo, un gesto de cariño, un reconocimiento a su labor, siempre necesita amor y comprensión. Esto era, más o menos, lo que pedía Tomás Moro cuando pedía:

"Señor, dame un poco de sol, un poco de trabajo y un poco de alegría  
Dame el pan de cada día y un poco de mantequilla  
Dame una buena digestión, Señor, y algo que digerir  
Dame un alma que ignore el aburrimiento, los lamentos y los suspiros  
No permitas que me preocupe excesivamente de esta cosa embarazosa a la que llamo "yo"  
Dame una pizca de canción para mis labios y una poesía o una novela para distraerme  
Enséñame a comprender los sufrimientos sin ver en ellos una maldición  
Dame sentido común pues lo necesito mucho.

Hazme, Señor, bueno, un alma desprendida, tranquila, apacible, caritativa, benévola, tierna, compasiva. Que tenga en todas mis acciones y en todas mis palabras y en todos mis pensamientos, el gusto de tu Espíritu santo y bendito.

Concédeme una fe plena, una esperanza firme y una caridad ferviente: que no quiera nada contra tu voluntad sino todas las cosas en función de ti. Rodéame de tu amor y de tu favor”.

## Perdónanos, Señor

Si te has peleado con tu hermano y te propones matarlo –dijo el jefe de la tribu fijando su mirada en uno del grupo–, antes de hacerlo, siéntate, carga tu pipa y fuma. Al final te darás cuenta de que la muerte para ese enemigo tuyo es un castigo demasiado grave en relación a lo que te ha hecho, y te propondrás darle una buena paliza.

Luego, carga tu pipa por segunda vez y fuma hasta el fondo. Al final te convencerás de que en lugar de tantos golpes podrían ser suficientes unos cuantos reproches.

Después de haber cargado tu pipa por tercera vez, y de haber acabado de fumar, entonces –concluyó el jefe de la tribu– te convencerás de que es mejor que vayas donde tu hermano y le des un abrazo. (Leyenda de Madagascar)

"Si te has peleado con tu hermano y te propones matarlo... antes de hacerlo, siéntate, carga tu pipa y fuma". Si nos dejamos llevar por los primeros impulsos, fácilmente cometeremos un error. "No te vengarás ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo" (Lv 19, 18). Quien no se venga no es un cobarde, al contrario, se necesita mucha valentía para no responder con la misma moneda y ser capaz de detener la espiral de la violencia. Tarde o temprano llega el castigo al que vive en la maldad. "Ya llegará el tiempo en que verás arruinados a los que arruinaron la tierra" (Ap 11,18), pues "el que hiera mortalmente a cualquier ser humano, morirá" (Lv 24, 17).

Amar a los amigos es fácil, eso lo hacen también los paganos. Para ser hijos de Dios, hay que amar a los enemigos, orar por los que persiguen y ser perfecto como él, que hace salir el sol sobre malos y buenos. (Mt 5, 44- 48).

A la violencia se la vence con la no violencia, no con la fuerza bruta. San Pablo nos enseña cómo tratar al que nos ha ofendido. "Bendigan a los que les persiguen, no maldigan... Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos... antes al contrario, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber... No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien" (Rm 12, 14-21).

No es fácil vencer el mal con el bien; sólo los que se apoyan en Jesús y cuentan con la gracia de Dios, pueden hacerlo. Pero todos estamos convencidos de que es la única forma de acabar con la violencia. "Al enemigo se le puede destruir de dos maneras, una es matándolo y la otra es haciéndolo amigo" (Abraham Lincoln).

¿Quién iba a decir que un hombre tan pequeño como Ghandi, no usando la violencia, sería capaz de doblegar al imperio Británico?

Quien pide el perdón de Dios, debe perdonar de corazón al hermano y amarlo. El amor es paciente, es servicial, no es envidioso, no fanfarronea, no se pone por delante, no busca su interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal; ...soporta todo, cree todo, espera todo, sufre todo (1 Co 13, 4-7 ).

“Déjate perseguir, pero tú no persigas.

Déjate crucificar, pero tú no crucifiques.

Déjate ultrajar, pero tú no ultrajes.

Déjate calumniar, pero tú no calumnies.(...)

Alégrate con los que se alegran. Y llora con los que lloran. Tal es el signo de la pureza.

Sufre con los enfermos. Aflígete con los pecadores. Regocíjate con los que se arrepienten. Sé el amigo de todos. Pero, en tu espíritu, permanece solo. (...)

Extiende tu capa sobre el que cae en falta y cúbrele. Y si no puedes tomar sobre ti su falta y recibir su castigo y su vergüenza, no le agobies" (Isaac el Sirio).

## Hágase tu voluntad

El cardenal Eduardo Pironio ha dejado su impronta en la historia de la Iglesia. Se caracterizó siempre por su sencillez, por la entrega a la voluntad de Dios. Lo había aprendido de su madre, mujer sencilla y de fe profunda. Era el vigésimo segundo hijo, el último nacido. Su historia, el mismo lo reconoce, tiene mucho de milagrosa. "Mis padres eran italianos. Llegaron a Argentina nada más casarse. Cuando nació el primer hijo, mi madre tan sólo tenía 18 años y enfermó gravemente. Durante seis meses estuvo en cama, sin poder moverse. Cuando se recuperó los médicos le dijeron que no podría tener más hijos, pues, de lo contrario, su vida correría peligro. Al no saber qué hacer, mi madre fue a consultar al obispo auxiliar de La Plata. Ante el problema que le planteó mi madre, el obispo le dijo "los médicos pueden equivocarse. Usted póngase en las manos de Dios y cumpla sus deberes de esposa" y después celebró una misa pidiendo protección para mi madre. Más tarde dio a luz a 21 hijos, yo soy el último, y vivió hasta los 82 años".

No es fácil discernir cuál es la voluntad de Dios, pues no siempre nuestros caminos y pensamientos son los de Dios. Después de discernir su voluntad hay que tener la fortaleza de cumplirla. El "Hágase" de Jesús, de María, de los santos es aceptar la voluntad del Padre, hacerse disponible a acoger todos los acontecimientos desde la fe. Y desde la fe nos damos cuenta de que lo más importante es Dios y cumplir su voluntad.

No es fácil ponerse en las manos de Dios, abandonarse a sus proyectos, confiar en su providencia, obedecer al Señor. "Cuando decimos: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, pedimos que el Señor nos otorgue la virtud de la obediencia, para que así cumplamos su voluntad como la cumplen sus ángeles en el cielo" (san Agustín).

La vida entera de Jesús es un sí incesante a su Padre (Abba). Siempre está dispuesto a cumplir la voluntad del Padre. " Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado" (Jn 4, 34). "yo no he venido a cumplir mi voluntad, sino la de mi Padre" (Jn 5, 30). Y cumple esta voluntad hasta el final: "Que no se cumpla mi voluntad, sino la tuya" (Mc 14, 36).

¿Cuál es la voluntad de Dios? El mismo Jesús afirma que "Es voluntad de nuestro Padre del cielo que no se pierda ni uno de los más pequeños" (Mt 18, 14). Se puede entender esta petición en el sentido de que la voluntad de Dios es que todos se salven, según las conocidas palabras de Pablo: "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tm 2, 4 ) (...) Así pues, cuando decimos "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", hacemos esta oración: "Como los que están en el cielo, que todos los que están en la tierra se salven, Padre, por el conocimiento de tu nombre"(Juan Casiano). Es voluntad del Padre que todos sean amados. Es voluntad del Padre que la revelación de Cristo sea "ocultada a sabios y entendidos y manifestada a gente sencilla" (Lc 10, 14

Los que cumplen la voluntad del Padre forman parte de la familia de Dios. "El que hace la voluntad de Dios es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mc 3, 35). Cumplir la voluntad de Dios se consigue en la medida que dejamos que el Espíritu Santo cambie nuestros corazones. Así iremos adquiriendo los "mismos sentimientos" de Jesús (Flp 2, 5), sentimientos de amor para con Dios y los hermanos.

Cumplir la voluntad es aceptar el dolor, ofrecer el dolor. "Dios mío, yo te ofrezco mi dolor: ¡Es todo lo que ya puedo ofrecerte! Tú me diste un amor, un solo amor ¡un gran amor! Me lo robó la muerte...y no me queda más que mi dolor. Acéptalo, Señor: ¡Es todo lo que puedo ya ofrecerte!" (Amado Nervo).

Santa Teresa de Jesús le pedía al Señor:  
"Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad  
de todos los modos y maneras  
que Vos, Señor mío, quisierdes.  
Si queréis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan.  
Si con persecuciones y enfermedades  
y deshonras y necesidades,  
aquí estoy, no volveré el rostro, Padre mío.  
Pues vuestro Hijo  
dio en nombre de todos esta mi voluntad,  
no es razón falte por mi parte;  
sino que hagáis Vos merced de darme  
vuestro reino para que yo lo pueda hacer...  
y disponed en mí como en cosa vuestra,  
conforme a vuestra voluntad" (*Camino* 32, 10 ).